

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La presunción, primera causa del pecado de San Pedro.* El espíritu de Dios, sin el que aun el hombre más fuerte no es más que debilidad, no mora sino en un corazón humilde. Pedro no sabía desconfiar de sí mismo. Habándole predicho Jesús su caída, él sin embargo atreviéndose á desmentirle. ¡Oh, es preciso conocerse muy poco á sí mismo para contar con las propias fuerzas! ¡Quién hubiera dicho al Jefe de los Apóstoles que caería en la apostasía por una tentación al parecer tan despreciable!

PUNTO SEGUNDO.—*La negligencia, segunda causa del pecado de San Pedro.* Cuando uno se cree fuerte no busca apoyo á su debilidad. En vano Jesús recomienda á San Pedro que ore: él no siente tal necesidad. ¡En vez de orar duerme!... Si un sacerdote, aun cuando haya pasado largos años en el fervor, deja la oración, caerá en seguida en el triste estado de la tibieza, y nadie puede asegurar hasta qué abismo se precipitará una vez colocado en esa fatal pendiente. Llevará una vida mundana y sensual, se olvidará de Dios y de sus santos preceptos.... ¡Ah, vedle ya al borde del precipicio!

PUNTO TERCERO.—*La imprudencia, tercera causa del pecado de San Pedro.* En ese estado de relajación y debilidad, cuando un soplo es bastante para derribarle, se expone á las ocasiones más peligrosas. ¿Qué necesidad tenía él de ir á colocarse en medio de aquella reunión de malvados? ¡Ah! si buscó el pecado, yo mismo seré su desgraciada víctima. Si no me alejo de los escollos ni me apercibo, debo esperar irremisiblemente el naufragio. ¡Ah! procuraré escalearme y aprovecharme del ejemplo de San Pedro.

MEDITACIÓN XXXVIII

El pecado de San Pedro

- I. Sus circunstancias.
- II. Su enormidad.

PRIMER PRELUDIO.— Representate á San Pedro que se entretiene con los soldados y criados del

pretorio haciendo alarde de indiferencia para no ser conocido: *Erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se* (1).

SEGUNDO PRELUDIO.— Pide al Señor la gracia de comprender bien que no hay pecado en el mundo que no puedas cometer, y que no tienes otra seguridad sino la vigilancia y la oración.

PUNTO I

Circunstancias del pecado de San Pedro

Son las mismas que acompañan al pecado del sacerdote, hé aquí algunas:

1.º Pedro cae á despecho de la profesión de fe más luminosa, y de las más sinceras protestas de inalterable adhesión á Jesús. En efecto, cuando preguntó el Salvador á sus Apóstoles: *Quem dicunt homines esse filium hominis?* le fué respondido: *alii Joannem Baptistam, alii autem Jeremiam, alii vero Eliam, aut unum ex prophetis.* Mas vosotros, replicó el Redentor ¿qué pensáis de ello? *Vos autem quem me esse dicitis?* Entonces Pedro adelantándose á los demás: Vos, exclama, sois el Cristo, Hijo de Dios vivo: *Respondens Simon Petrus dixit: tu es Christus, Filius Dei vivi.* ¡Admirable profesión de fe que le merece los elogios de su divino Maestro, y el más glorioso privilegio! *Beatus es Simon Barjona: quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus qui in caelis est.* *Et ego dico tibi, quia tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.... Et tibi dabo claves regni caelorum* (2). Otro día viéndose Jesús abandonado de gran número de sus discípulos, se dirigió á los circunstantes preguntándoles si también ellos pensaban abandonarle: *Numquid et vos vultis abire?* San Pedro con el ardor de siempre respondió: ¿Dejaros á Vos, Señor? ¿y para ir á donde? ¿dónde podremos hallar lo que perdemos abandonándoos? vuestras palabras son palabras de vida eterna, y en

(1) Joan., XVIII, 18.

(2) Matth., XVI, 17, 18, 19.

vuestro derredor se aprende la ciencia de la salvación: *Ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes*. Nosotros creemos, y tenemos sobrados motivos para ello, que Vos sois el Hijo de Dios: *Et nos credimus, et cognovimus quia tu es Christus Filius Dei* (1). Esto evidencia que Pedro no deja de aprovechar cuantas ocasiones se le presentan para demostrar su adhesión al Salvador y confirmar cada vez más la resolución de serle fiel.

Y vos, sacerdote pecador, antes de abandonar á Jesús ¿no habíais repetido con frecuencia que le serviríais hasta el último aliento de vuestra vida? También vos habíais conocido, publicado, enseñado que á El solo era debido el homenaje de todos los corazones. Y cuando renunciasteis el siglo para entrar en el sacerdocio ¿no fué vuestra conducta una solemne protesta de vuestros sentimientos en favor de Jesús? ¿no le dijisteis entonces en alta voz: «El mundo no os conoce, Señor, y por eso no os adora.... pero Vos sois el Hijo de Dios vivo; vuestras palabras son palabras de vida eterna; Vos seréis la porción de mi herencia? *Dominus pars hæreditatis meæ?.....*»

2.º Pedro cayó á pesar de tantas ilustraciones, de tantas advertencias que había recibido, de tantos favores con que Jesucristo le había agraciado y enriquecido. Había oído sus discursos públicos, escuchado las instrucciones particulares de Jesús; y en el Tabor había oído al mismo eterno Padre proclamar la divinidad de su Hijo, y recomendarlo al amor y á la atención de sus discípulos: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui: ipsum audite* (2). Estas palabras le causaron tal impresión que le hicieron caer sobre su rostro. También un momento antes de su caída oyó á Jesús que le dijo: «Vela, Pedro, vela y ora, porque el espíritu está pronto, pero la carne enferma;» ahora bien ¿podía él haber olvidado tan tiernas muestras de afecto como le

(1) Joan., VI, 70.

(2) Matth., XVII, 5.

prodigó su divino Maestro? Sus labios ¿no estaban aún húmedos de la Sangre que acababa de beber en la última cena? Y vos, sacerdote ¿sois acaso menos privilegiado? ¡Ah! es cierto que al caer en la culpa sois como Pedro un pecador ilustrado, advertido; vuestra caída como la suya es una caída anunciada, predicha. ¿Cuántas veces y de cuántas maneras habéis sido amonestado que pasaríais más allá de lo que queríais, y que amando el peligro vuestra ruina sería inevitable?

3.º Pedro cae á pesar de la aparente debilidad de la tentación que le acomete. Una criada se le acerca y en tono amistoso comienza á preguntarle: «¿No eres tú uno de los discípulos de Aquél?» Todos hubiéramos creído que esta pregunta sería como una ola que iba á estrellarse contra un peñasco. Pero ¡ay! no es así. Pedro se acobarda, la peña se agita, y se conmueve, y se desploma. «No, responde con prontitud, yo no sé lo que decís, ni de qué tratáis; ni lo conozco.» De este modo lo niega delante de todo el mundo: *Negavit coram omnibus*.

Verdad es que un alma flaca no es capaz sino de flaquezas; mas, el temor de aparecer culpable hace se agregue al delito la desvergüenza. ¡Ah! si yo viese á Pedro palidecer frente á la punta de un acero que amenaza arrebatarle la vida, podría creer que lo grave del peligro le habría ofuscado la razón, y aun condenándolo, le compadecería; pero, nada de todo esto: habla una criada, y ya está acobardado aquel Apóstol que poco antes alardeaba de invencible: ved cómo este muro de bronce se desploma al soplo de una palabra. Al primer choque sucumbe, no resiste ni siquiera por un instante: *Ecce ad unius auræ flatum columna firmissima tota contremuit* (1). ¡Oh fragilidad espantosa! Dios mío, ¿quién me defenderá contra mí mismo? Sólo Vos, Señor, sois mi fortaleza: si por un solo momento me dejáis de vuestra mano, estoy perdido, y caeré en

(1) San Agustín, Tract. 113 in Joan.

lo más profundo del abismo: *Tu es Deus fortitudo mea, Deus in adiutorium meum intende.*

PUNTO II

Enormidad del pecado de San Pedro

Dedítese ésta de las circunstancias que ya hemos meditado; sin embargo, añadamos otras.

1.^a Si no hubiera pecado más que una sola vez, podríamos decir que había sido sorprendido; pero no, pecó tres veces, tres.... Más aún: después de haber experimentado su debilidad se recoge en el vestíbulo, y el gallo canta: *Exiit foras ante atrium, et gallus cantavit* (1). ¡Ay! ¿por qué el canto del gallo no le trae á la memoria la predicción de Jesucristo?... ¡Cuántas veces, Dios mío, no me habéis hablado, inspirado, atemorizado en el momento mismo en que os ultrajaba! Bien os entendía, y con todo eso, no os obedecía, temblaba, pero continuaba pecando!... Mas Pedro, después de haber abandonado la ocasión vuelve á ella; ya no nos extrañemos pues, si vuelve á caer....

2.^a La segunda caída es peor que la primera. Ya no le basta declarar que no conoce á *este hombre*, sino que lo afirma con juramento: *Iterum negavit cum juramento: Quia non novi hominem* (2). La tercera vez añade horribles imprecaciones al perjurio: *Cæpit detestari et jurare* (3). *Cæpit anathematizare* (4). Como si dijera: «Gran Dios, Vos me oís: descargue sobre mí vuestra justicia si aseverando que no conozco á Jesús, digo mentira!.... ¿Y quien así habla es Pedro?.... Al primer pecado la conciencia se turba; al segundo, menos; al tercero se reviste de tal desfachatez que no teme nada. ¡Horrible efecto de la recaída! Por manera que cuanto más multiplico mis culpas, más fortifico á mi enemigo; más me debilito á mí mismo, más me aparto de la salvación....

(1) Marc., XIV, 68.

(2) Matth., XXVI, 72.

(3) Matth., XXVI, 74.

(4) Marc., XIV, 71.

3.^a ¿Y en qué tiempo se hizo Pedro culpable de este perjurio y de esta apostasia? Precisamente cuando Jesucristo necesitaba de los consuelos que podía depararle un amigo; cuando es insultado, injuriado y escupido por sus verdugos. Pedro oye los crueles golpes que descargan sobre su divino Maestro, escucha el insolente y necio desafío: *Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percussit?* (1).... Y á todo esto ¿qué responde, qué contesta á estas preguntas que en cierta manera á él se dirigen? «No soy discípulo suyo; no me toca nada; no conozco á ese hombre: *Nescio hominem istum quem dicitis* (2). ¡Oh palabra sacrílega y horrorosa! ¿Cómo al pronunciarla no sintió Pedro temblar sus labios, secársele la lengua y partírsele el corazón? *Hominem istem quem dicitis!* ¡El habla de Jesús con tanto desprecio! ¿acaso ignora el doloroso efecto que tan indigno proceder debe producir en el corazón de Jesús? Demasiado sabía el afecto que el pueblo profesaba al Hijo de Dios. Pues ¿que pensará ahora al verle abandonado por sus Apóstoles, y que el mismo que con tanto ardor había abrazado su causa, ahora, por la palabra de una criada, reniega vilmente de El? Lo mismo que la idolatría de Aarón fué de grave escándalo para los hebreos, así la negación de Pedro tornaría de gravísimo escándalo para los judíos (3).» En efecto ¿qué más se necesitaba para hacer bambolear la poca fe que tuvieran? ¿Y no era esto poner armas terribles en manos de los enemigos del Salvador, acreditar la calumnias que le levantaron, atizar el odio que le profesaban?.... Mas ya Pedro llora su crimen. ¡Ah! levantémonos como él si hemos tenido la desgracia de imitarle en la caída. Señor, Vos en una misma página del Evangelio me ponéis á la vista dos ejemplares muy diversos de dos sacerdotes, de dos Apóstoles, de dos pecadores. Uno es un traidor que se disfraza con el

(1) Matth., XXVI, 68.

(2) Marc. XIV, 71.

(3) Ventura. Conferencia sobre la Pasión.

manto de la amistad para entregaros á vuestros enemigos; el otro es un cobarde que reniega de Vos á la menor apariencia de peligro. Pero así como Pedro, esperando en vuestra infinita misericordia se arroja en vuestro Corazón herido cruelmente por él para allí buscar el perdón, Judas lo hiere todavía más profundamente, desconfiando de la bondad con que habríais acogido su arrepentimiento. ¡Ah Señor, no titubeo en elegir: aborrezco la desesperación de Judas, y quiero imitar á Pedro en su confianza. ¡Oh Jesús mío, dirigidme á mí también aquella mirada amorosa que trocó el corazón de vuestro Apóstol: *Jesu, labantes respice, et nos videndo, corrige. Si respicis, labes cadunt, fletuque culpa solvitur* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Circunstancias que acompañaron al pecado de San Pedro.* Las mismas que encontramos en los pecados de los sacerdotes: 1.º Pedro cae á pesar de las más explícitas profesiones de fe y de las más vivas protestas de adhesión inquebrantable..... y yo, Señor ¿no he prometido mil y mil veces que os serviría hasta el último instante de mi vida?..... ¡y sin embargo!... 2.º Pedro cae á pesar de todas las luces, advertencias y beneficios que había recibido de su Maestro..... ¡y yo ¿no he recibido también favores? 3.º Pedro cae á pesar de parecer insignificante la tentación que le acometió. ¡Oh espantosa y terrible debilidad! ¡Dios mío! ¿quién me defenderá de mí mismo? *Tu es, Deus, fortitudo mea.*

PUNTO SEGUNDO.—*Enormidad del pecado de San Pedro.* 1.º Ni cae una sola vez, ni su caída es como por sorpresa, sino tres veces, y sin resistir á un solo ataque..... Habiéndose alejado por un instante de la ocasión volvió otra vez á ella ¿nos extrañaremos que recaiga en la misma culpa? 2.º La segunda caída es más grave que la primera. Afirma con juramento que él no conoce á *ese hombre*. La tercera vez al

(1) Hymn. Dom. ad Laud.

perjurio añade horribles imprecaciones..... ¡Oh terrible efecto del pecado! La segunda vez cae más fácilmente que la primera. Es indudable que mientras yo peque más frecuentemente, cobrará más fuerzas mi enemigo que se robustecerá de mis energías. 3.º Pero ¿y en qué circunstancias hace Pedro tan profunda herida al corazón de Jesús? ¡Cuando aquel dulcísimo Maestro necesitaba más que nunca de los consuelos de la verdadera y fiel amistad! ¡Cuando era escupido y abofeteado por insolentes y atrevidos criados! ¿Podía acaso ignorar Pedro los funestos efectos de su caída y el arma tan terrible que con su escándalo ponía en las manos de los enemigos del Salvador? Pero consolémonos, que ya este gran pecador se ha convertido. Nosotros por tanto, que como él hemos caído, imitémosle en su conversión.

MEDITACIÓN XXXIX

Los pecados propios y personales

- I. Gran número de nuestros propios pecados.
- II. Su naturaleza y deformidad.
- III. Quién se ha hecho reo de esos pecados.

PRIMER PRELUDIO.—Postrémonos en la presencia del Señor como aquellos leprosos que fueron á pedir á Jesús la curación de su enfermedad..... ó como un criminal cargado de cadenas en presencia de su juez.

SEGUNDO PRELUDIO.—Dad, Señor y Dios mío, á mi corazón todos los sentimientos de confusión y de arrepentimiento que el recuerdo de mis pecados debe causarme; dadme lágrimas abundantes para llorarlos: *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum?* (1).

(1) Jerem., IX, 1.

PUNTO I

Gran número de mis pecados

Ya no es en los ángeles rebeldes.... ya no es en Adán, en San Pedro, ni en un condenado para siempre.... en mí mismo voy á considerar el pecado. Los ángeles rebeldes, Adán y muchos réprobos no han cometido sino un solo pecado..... A este pecado único, tan severa y justamente castigado, opongo ahora la multitud de los míos.

Pecados de todos los tiempos de mi vida. En mi infancia..... ¿qué uso hice de los primeros resplandores de mi razón, de los primeros movimientos de mi corazón? ¿Ha sido á Dios, y solamente á El á quien hice el obsequio, el rendimiento de mi naciente libertad? ¡Ay! ¡que he sido pecador desde el mismo momento en que he podido serlo! *Tantillus homo, et tantus peccator* (1). En mi juventud. En esta edad en que debía conocer mejor la obligación que tenía de amar al Señor fué precisamente cuando, arrastrado por mil ilusiones, me hice más culpable apartándome de El..... ¡Qué desorden en mis pensamientos..... en mis afectos..... en mis deseos! ¡qué arrebató en mis pasiones! En la edad madura. Mis afectos y sentimientos se han desarrollado, es verdad, pero no por esto han dejado de ser menos criminales. ¡Ah en toda mi vida no ha habido día que no haya tenido que sentir y llorar algún extravío, alguna locura, alguna debilidad!

Pecados en todo lugar. ¿Qué lugar hay que no esté contaminado por mis pecados? ¡Oh Dios! en la casa paterna, donde recibí las primeras gracias debidas á vuestra bondad: en la escuela, donde he ido en busca de ciencia ¿qué es lo que allí he encontrado la mayor parte de las veces? En el teatro de mis placeres, en los lugares santos, en vuestro mismo

(1) San Agustín.

templo ¡oh Dios mío, al pie mismo de vuestros altares.... por todas partes no encuentro sino rastros de mi iniquidad..... *Ubi, oro te, Deus, ubi et quando innocens fui?*.... (1).

Si pregunto á los compañeros con quienes he alternado, si examino mis entretenimientos y ocupaciones todo me recuerda prevaricaciones y faltas; si considero una á una las leyes divinas ¿cuál es la que no he quebrantado? ¿en qué tentación no he sucumbido? De las mismas facultades de mi alma y sentidos de mi cuerpo ¿habrá uno siquiera que no haya servido de instrumento al pecado?.... Mas aún; si vuelvo los ojos á mi vida sacerdotal, á los sagrados ministerios que he ejercido en el púlpito, en el confesonario, á la cabecera de los enfermos, entre los niños, en el rezo divino, en el altar..... ¡oh, qué innumerable multitud de iniquidades no descubrí!.... ¡Dios mío! Lo confieso: he pecado, y he pecado gravemente, y he pecado innumerables veces..... *Confiteor Deo omnipotenti..... quia peccavi nimis*....

PUNTO II

Naturaleza y deformidad de mis pecados

Siendo Dios nuestro Señor la suma bondad y suprema hermosura, lo que á El se opone que es sólo el pecado, debe ser el monstruo más horroroso y horriblemente feo que existe. Cuando he pecado me he rebelado contra el Señor; creyendo ser fuerte contra el Omnipotente: *Tetendit adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est* (2). ¡Qué osadía! Pecando, he ofendido á Dios en todas sus perfecciones: en su poder, porque sabía muy bien que en el momento mismo podía aniquilarme; en su sabiduría y su bondad, despreciando sus justas y santísimas leyes por seguir el capricho de mis deseos; en su inmensidad y en su santidad..... obligándole á presenciar mis desórdenes..... ¡qué impiedad! Pecando, no sólo he despreciado y ultrajado á

(1) San Agustín, Conf. l. I, c. VII.

(2) Job, XV, 25.

mi soberano bienhechor, sino que he vuelto contra Él todos sus beneficios, empleando en ofenderle cuanto me había dado para servirle.... ¡Oh ingratitud inaudita! Pecando, he preferido la muerte á la vida, el infierno al Cielo, Satanás á Jesucristo.... he abandonado á un Padre amantísimo para servir á un amo pérfino y cruel, el más cruel de todos los tiranos.... ¡Oh ceguedad inconcebible! ¡oh locura! ¡oh alma mía! Si pudieses verte en el abominable estado á que has quedado reducida por tus pecados, perdidos tus derechos y tus méritos, tu hermosura convertida en espantosa fealdad.... te quedarías muda, horrorizada de tí misma.... (1).

PUNTO III

Quién es el que se ha hecho culpable de estos pecados

¡Quién lo dijera! El que se ha rebelado contra Dios, el que ha osado negarle obediencia, el que ha desconocido su autoridad.... el que ha cometido esos pecados, es una pobre criatura, el hombre, que creyó bastarse á sí mismo sin Dios. ¡Desgraciado! ¡yo he sido! Y ¿quién soy yo? Si me considero como hombre mi bajeza es tal que debo descender al nivel de la nada. ¿Qué soy yo en comparación de todos los hombres?... ¿Qué son todos los hombres en comparación de los ángeles, y todas las criaturas en comparación del Criador? Pues ¿qué seré yo solo en presencia de esa infinita majestad, ante quien todas las naciones son como si no fuesen? *Omnes gentes quasi non sunt, sic sunt coram eo* (2). ¡Y soy yo el que me he atrevido á hacer frente á ese Dios inmenso, infinito, á resistirle cara á cara, diciéndole insolentemente: en vano me mandas, no obedeceré!.... *Adversus Dominatorem cæli elevatus es* (3). *Et dixisti: non serviam* (4).

- (1) San Buenaventura.
- (2) Isai., XL, 17.
- (3) Dan., V, 23.
- (4) Jerem., II, 20.

Si me considero como sacerdote.... ¿qué debo pensar de mis pecados? Deben parecerme mucho más horribles. El sacerdote es el hombre de Dios, el ángel del Señor, otro Jesucristo. Como hombre de Dios, debo procurar que sea honrado.... ¡y yo le ultrajo!.... Debo tener todas las virtudes: *Tu autem, o homo Dei hæc fuge: sectare justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam* (1). ¡Y yo ó las pisoteo ó las practico con muchas imperfecciones! Como ángel del Señor, debo ser ardiente y fiel en el cumplimiento de su voluntad: *Ministri ejus, qui facitis voluntatem ejus* (2). Debiera estar lleno de celo por la salud de las almas: *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi?*.... (3). Y yo.... ¿que me rebelo contra Dios y escandalizo á las almas! ¿puedo decir con verdad que soy un ángel? ¿no diría mejor que soy un demonio cuando arrojo al infierno á aquellos á quienes debía conducir al Cielo?... cuando cometo el pecado.... ¿se reconocería en mí á Jesucristo? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (4). *Sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior cælis factus* (5).

En vista de esto, me pregunto ahora á mí mismo: ¿cómo después de tantas y tales iniquidades y pecados, después de tantas prevaricaciones.... las criaturas todas no se han armado y levantado contra mí? ¡Ah! que si reflexiono bien en el fondo de mi alma, en el silencio de mi corazón, no puedo menos que asombrarme al ver mi ingratitud en medio de los beneficios que el Señor continuamente me dispensa, y al considerar que por más que yo le ultrajaba, todas las criaturas han continuado sirviéndome en su nombre. Confieso con toda sinceridad, con toda humildad, que no merezco sino ser despojado de todos los bienes, de todas las gracias, de que tan culpablemente he abusado....

- (1) I Tim., VI, 11.
- (2) Ps. CII, 21.
- (3) Hebr., I, 14.
- (4) Joan., VIII, 46.
- (5) Hebr., VII, 26.

Postrado aquí á los pies de Jesucristo crucificado, le pediré con todo el sentimiento de mi alma perdón: de tantos pecados, de tantos extravíos, de tantas debilidades, proponiéndome no volver más á cometerlos; le suplicaré ofrezca por mí á su eterno Padre el abismo de dolores y oprobios á que con tanta generosidad se entregó por mi salvación. Os diré por fin, oh Señor, con San Agustín: *Domine, etsi ego commisi unde me damnare potes, tu non amisisti, unde salvare soles*; y con San Bernardo: *Da misericordiam misero pœnitenti, qui tandiu pepercisti peccatori*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. — *Gran número de mis propios pecados.* Después de haber considerado el único pecado, y tan severamente castigado, de los ángeles rebeldes, de Adán y de muchos condenados, pasaré á considerar ahora el número casi infinito de mis crímenes. Pecados de todos los tiempos: en mi infancia, en mi juventud, en la edad madura ¿qué uso hice yo de todos los dones de naturaleza y de gracia que recibí del Señor? Pecados de todos los lugares: en la casa paterna..... ¡Ah, hasta en vuestro templo, oh Dios mío, encuentro el amargo recuerdo de mis pecados! «¿Dónde, Señor, y cuándo, dice San Agustín, he sido inocente en vuestra presencia?» Pecados de todas las circunstancias y pasos de mi vida; pecados de todos mis sentidos y de todas mis facultades!.... En el regocijo y en el dolor, en la prosperidad y en la adversidad..... Siempre pequé..... de todo he abusado de la manera más inicua: *Confiteor Deo..... quia peccavi nimis*.

PUNTO SEGUNDO. — *Horrible fealdad de estos pecados en sí mismos.* Pecando yo me rebelé contra el Todopoderoso; ¿qué audacia! Desprecié todas las perfecciones de Dios; ¿qué impiedad! He preferido la muerte á la vida, el infierno al Cielo, Satanás á Jesucristo! ¿Qué degradación! ¿qué locura!

PUNTO TERCERO. — *Malicia de estos pecados respecto del que los ha cometido.* ¿Qué es el hombre? ¿qué son todos los hombres comparados con un ángel?... ¿qué todos los ángeles comparados con Dios? ¿Y yo..... ¿qué soy en presencia de

esa infinita Majestad? ¿Osaré resistirle cara á cara!.... Como cristiano mis pecados debieran inspirarme mayor horror..... ¿Quién podrá reconocer en mí la vida de Jesucristo cuando pecco? ¿Y qué habrá que decir cuando se me considere como sacerdote, es decir, como el hombre de Dios, como el ángel del Señor?....

MEDITACIÓN XL

Repetición de las meditaciones precedentes

Motivos que deben llenarnos de horror hacia el pecado

Todos los motivos de arrepentimiento y de dolor contenidos en las meditaciones precedentes de los pecados, pueden resumirse en tres palabras: *contar, pesar y medir*; *contar* la muchedumbre de los pecados que he cometido; *pesar* su gravedad en las consecuencias consiguientes; *medir* su extensión por la malicia y perversidad que encierran:

PUNTO I

Contar la multitud de mis pecados

Recordando y repasando en mi memoria todos los pecados que he cometido en las diferentes edades, en los diversos lugares, posiciones y circunstancias en que me he encontrado durante mi vida, fácil me será, con la gracia de Dios, concebir y sentir un vivo horror de todos ellos por medio de las reflexiones siguientes:

1.º Si un solo pecado grave merece el infierno: *satis est peccasse semel ad fletus æternos* (1), ¿cuántos infernos habrá merecido el que ha cometido tan gran número de esos pecados de los cuales quizá no conozca sino la menor parte?

2.º Lucifer era en el Cielo un prodigio de hermosura. Por un solo pensamiento de soberbia que no

(1) San Bernardo.